

# DON JAYME DE ARAGON.

## PRIMERA PARTE.



REmonte el vuelo mi pluma
hasta la region mas alta
del viento, donde lucida
brille dando à aquesta plana
el mas feliz desempeño,
con que sea celebrada
de los curiosos, y expertos,
que causan las ciencias varias.
Para poder conseguirlo,
imploro la intercesion
de el Ave llena de gracia,
con cuyo Divino auxilio
cobra aliento mi esperanza.
Dando principio al suceso
mas admirable, que narra
en sus anales el tiempo,
ni en sus historias pasadas.
Un noble hijo de Toledo,
à quien Don Martin llamaban,
ansioso de adelantar
los blasones de su casa,
pasò à Flandes à servir
en Tropas del Rey de España:
este pundonor ardiente
le obligò à que se ausentara
de su Patria, y de la vista
de una bellisima Dama,
prima suya, à quien atento
con fineza galanteaba,
y elegida para Esposa
tenia con dulces ansias:
Determinò amante, y fino
restituirse à su Patria,
y en un Navio ligero
surcò las ondas saladas:
pero se le opuso adversa
la fortuna, y tan contraria,
que un temporal iracundo

les

les asaltò con tal rabia
que corriendo à palo seco
cerca de tierra se hallaban,
en cuyas peñas chocando,
deshecha la Nave se halla.
Don Martin librò, valido
de la piedad de una tabla,
y otro amigo, que llegando
à la orilla deseada,
humildes, y agradecidos
rindieron al Cielo gracias.
Admirados, y confusos,
sin saber à donde estaban:
mojados, sin alimento,
discurriendo la Campaña,
solicitando saber,
que tierra es la que pisaban:
Subieron à un alto cerro,
que empinado se levanta,
descubrieron de su altura
muchos campos de labranza,
Caserias, y Jardines,
con muy crystalinas aguas.
Alentados con tal vista,
del cerro al llano baxaban,
procurando refugiarse
al abrigo de las casas:
iban los dos discurriendo
sobre su total desgracia;
quando à un lado del camino
vieron una hermosa estancia,
ò Castillo muy vistoso,
y cerca dél se paseaba
un bizarro Cavallero,
como su aspecto mostraba.
Tenia un rico vestido
con alamares de plata.
Alegres los caminantes
con vista tan deseada
le dieron gracias à Dios,
porque timidos se hallaban
pensando fuese de Moros
el terreno, que pisaban:
se encaminaron alegres
hacia donde el tal estaba,
el qual se parò à esperarlos,
y ya que cerca se hallaban,
los dos corteses, y afables
con gusto le saludaban;
à que les correspondiò
con cariñosas palabras.
Le contaron su fortuna,
discreto los consolaba,
y con gran galanteria
al Castillo los llevaba;
le preguntaron curiosos
de la tierra donde estaban,
y el Cavallero les dixo
llamaban la gran Canaria:
Entrados en el Castillo
descubrieron varias salas
de muy ricas colgaduras,
vistosamente adornadas:
dos Doncellas muy hermosas
con presteza luzes sacan,
à las que mandò su dueño
avisasen à su ama,
que mandase disponer
dos limpias, y blandas camas,
en una pieza las dos,
y la cena aderezaban.
Les pidiò que se sentasen,
y èl una silla ocupaba;
pero aqui experimentaron
dos cosas, cierto bien raras:
fue una, que sacò una llave,
y à un criado se la daba,
el qual abriendo una puerta,
que havia dentro de la sala,
saliò de ella una muger;
y por la parte contraria,
dando admiracion à todos,
de luces acompañada,
que con decoro traian
reverentes dos criadas,
alumbrando à una feróz
Negra, con costosas galas,
à quien dixo el Cavallero,
con atenciones urbanas:
Seas, mi bien, bien venida,
sien-

sientate à mi lado, amada;
à tiempo que la infelice,
que ya dexo mencionada,
vestida de un sayo tosco,
y una toca corta, y basta
de lino, y en las dos manos
una calavera infausta,
humilde baxo la mesa
se metiò, donde le echaban
los huesos, y desperdicios
de la mesa, y levantada,
la Negra se despidiò,
sirviendola de criadas,
y la infausta referida
saliò del sitio en que estaba,
y un criado le sirviò
en la Calavera el agua,
la que bebiò, y retiróse
à la referida estancia,
con que cerrando la puerta,
al Cavallero entregaba
la llave. Y los dos notando
variedades tan extrañas,
prudentes disimularon,
sin poder hablar palabra:
lo que notò el Cavallero,
y à los dos les declaraba
el motivo que tenia
para afligir à la Dama,
diciendo en breves razones:
sabed, pues, que à mi me llaman
Don Jayme de Aragon, siendo
de Catalana prosapia.
Mi Padre por un disgusto
de la mayor circunstancia,
le fue preciso ausentarse,
abandonando la Patria.
Pasò à Flandes, dò sirviò
al Real, y Augusto Monarca
Español, y deseando
volver à su Patria España,
se embarcò, y una tormenta
con la Nave al través daba
en esta Isla, y saliendo
à tierra, se refugiaba
en la Ciudad Capital,
que llaman la gran Canaria:
Andandose paseando
viò una Doncella gallarda,
de la qual se enamorò,
y en fin con ella se casa.
Un hijo tuvieron solo,
que soy yo, viendo cifrada
de Marte la valentia
en mi juventud bizarra,
gracias le rinden al Cielo,
y quando à la edad llegara
de los diez y ocho años,
à mis Padres suplicaba
tuviesen por bien pasase
à Flandes à sentar plaza
para aumentar los blasones
à mi noble ilustre casa.
Licencia me concedieron,
y con dineros, y galas
en breve tiempo me hallè
en Bruxelas celebrada,
en donde plaza sentè,
y estando un dia de guardia
discurriendo en varias cosas
con otros seis camaradas,
à mi se acercò un anciano,
pidiendo, que le escuchara;
apartéme, y un papel
escrito en letra muy clara
me entregò, y que lo leyese,
y le diese de palabra
la respuesta. Abrile al punto,
y à leerle comenzaba,
decia: Español, tu talle,
junto con las demas gracias,
que el Cielo te concediò,
son el motivo, y la causa
para desear hablarte:
si te atreves à mi casa
vendràs con las condiciones
que señala el que te habla;
y si no, te pesarà
la venida, y esto calla;
Dios te guarde. Asi decia

la

la confusisima carta.
Le respondì al portador,
como pronto me hallaba
à obedecer del papel
las confusas circunstancias.
Me respondiò: para el logro
de este suceso me aguarda
aqui à las diez de la noche,
sin alguno en tu compaña,
que yo sin falta vendrè,
y quedate à Dios, que aguardan.
Se ausentò, y yo discurriendo
el lance que me pasaba:
mas con brios jubeniles,
y militar arrogancia
despreciè todo temor,
y mas que me aseguraba
el astuto mensagero,
que riesgo no habia en nada.
Tocò las diez el Relox,
y apenas fueron tocadas,
quando en un veloz caballo
el mensagero llegaba:
se apeò con ligereza,
y la vista me tapaba
con un lienzo, y me asegura,
que ningun cuydado trayga.
Montè en un veloz caballo,
y el mensagero à las ancas,
empezando à caminar,
sin mirar por donde andaba.
Al cabo de media hora
ya llegamos à una casa,
donde hizo desmontarme,
y por la mano me entraba;
subimos una escalera,
atravesando tres salas,
al fin de una me entregò
à otra mano delicada
la que me entrò mas adentro,
y con palabras pausadas
me mandò, que me sentase,
y la venda me quitaba.
Pero fue ecioso querer
conocer con quien hablaba,
porque todo estaba obscuro,
y en este tiempo la Dama
diò un suspiro, y cariñosa
estas razones relata:
Ay Don Jayme de mi vida
tendrás por accion liviana
mi amorosa trabesura,
siendo tu della la causa.
Tu garvo, tu gentileza,
tu bizarria, y tu gala
me estimula à executar
esta accion en todo estraña;
aunque resistencia he hecho,
procurando el escusarla,
posible, Señor, no ha sido,
porque amor vuela con alas.
Para conseguir alegres
el logro de mi esperanza,
has de guardar el secreto,
sin que à ningun camarada
reveles de este suceso
el fin, fundamento, ò causa.
Si lo callas gozarás
mis finezas duplicadas.
Animado mi cuydado
cobrò aliento en tanta calma,
procurando por el tacto
conocer con quien hablaba.
En el Romance segundo
proseguirè la sumaria.

F I N

*Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria, donde se hallarà de todo surtimiento, y Estampas.*